

U. G. T.

Año IX

1.º febrero 1937

Núm. 4

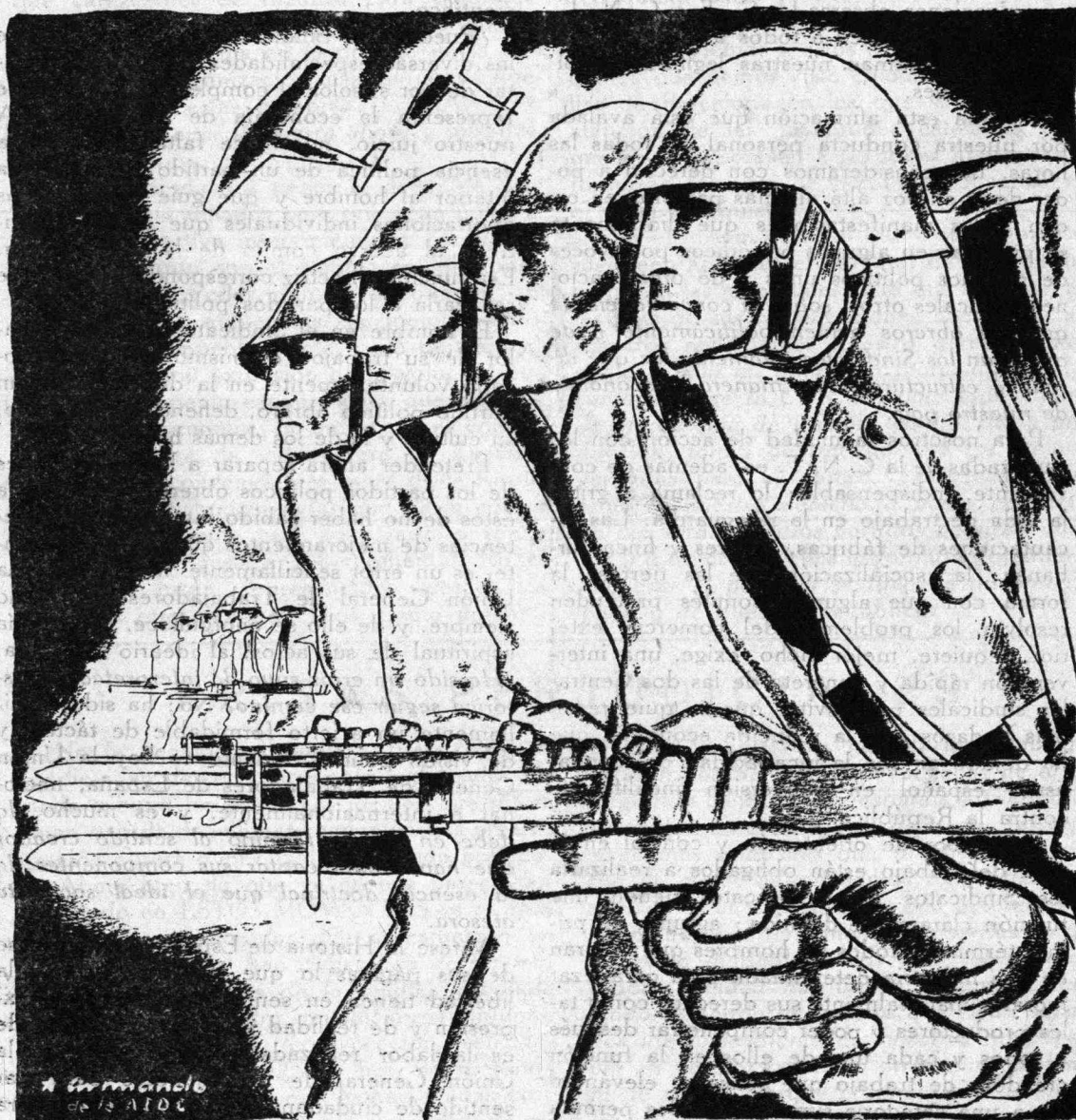
FUNDADA EN BARCELONA
EN AGOSTO DE 1888

AFILIADA A LA F. S. I.
DE AMSTERDAM

Boletín de la Unión General de Trabajadores de España

DIRECCIÓN: SALVADOR SEGUÍ, 5 - VALENCIA

DISCIPLINA



★ Germán de la Aldega

El ejército del pueblo unido camina hacia la victoria

SINDICATOS Y PARTIDOS POLITICOS

Tenemos demostrado hasta la saciedad nuestro decidido propósito de llegar a una inteligencia clara, concreta y firme con los compañeros de la C. N. T. para iniciar de común acuerdo la resolución de los problemas que tan extraordinariamente preocupan la atención de la clase trabajadora española.

Creemos —y con nosotros cuantos camaradas siguen nuestros postulados sindicales— firmemente, que sin una unidad de acción limpia, severa y disciplinada entre las dos organizaciones obreras U. G. T. y C. N. T., nos será muy difícil a todos alcanzar la victoria que reclaman nuestras legítimas ambiciones ideales.

Sentada esta afirmación que está avalada por nuestra conducta personal de todas las horas, nos consideramos con derecho a poder decir en voz alta algunas palabras en orden a las manifestaciones que diariamente se publican en algunos periódicos portavoces de partidos políticos unos y de organizaciones sindicales otros, *sobre la conveniencia de que los obreros actúen políticamente y de que sean los Sindicatos solamente los que dirijan y estructuren a su manera la economía de nuestro país.*

Para nosotros la unidad de acción con los camaradas de la C. N. T. es, además de conveniente, indispensable; lo reclama a gritos la vida de trabajo en la retaguardia. Las incautaciones de fábricas, talleres y fincas urbanas; la «socialización» de las tierras; la forma con que algunos Comités pretenden resolver los problemas del comercio exterior, requiere, mejor dicho, exige, una intervención rápida y concreta de las dos Centrales sindicales para evitar que se quiebre en más pedazos aún la reducida economía que ha dejado en pie la incapacidad del capitalismo español en subversión incalificable contra la República.

Esta labor de orientación y control en la vida del trabajo están obligados a realizarla los Sindicatos. Los Sindicatos tienen una función claramente definida: agrupar en primer término a todos los hombres que laboran en una industria determinada para garantizar moral y materialmente sus derechos como tales productores y poder compenetrar después a todos y cada uno de ellos en la función creadora de trabajo que realizan, elevándolos a una categoría superior que les permita ser dirigentes de la máquina y no esclavos de la producción interminable.

Los Sindicatos, al fundir en una sola vo-

luntad el ansia de mejoramiento colectivo de los trabajadores que los integran, no preguntan a sus asociados cuál es su filiación política. Lo que exigen de todo hombre es *el más exacto cumplimiento de los acuerdos que adopte libremente la organización.* Los Sindicatos son, en definitiva, el instrumento de que se valen los trabajadores conscientes de su personalidad para transformar el régimen de producción orientándole por un camino más humano, más razonable y más científico.

¿Pueden los Sindicatos representantes de las diversas especialidades del trabajo orientar de por sí solos el complejo engranaje que representa la economía de un pueblo? A nuestro juicio, no. Hace falta para ello la esencia política de un partido que dé vida interior al hombre y que guíe a su vez las aportaciones individuales que el obrero entrega al acervo común de la organización. Esa función directriz corresponde plenamente realizarla a los partidos políticos obreros.

El hombre en el Sindicato defiende el valor de su trabajo; el mismo hombre, colocado voluntariamente en la disciplina de un partido político obrero, defiende su esfuerzo, su cultura y la de los demás hombres.

Pretender ahora separar a los trabajadores de los partidos políticos obreros, acusando a éstos de no haber sabido interpretar las apetencias de mejoramientos que el pueblo siente, es un error sencillamente incalificable. La Unión General de Trabajadores ha tenido siempre, y de ello se enorgullece, como guía espiritual de sus actos, al ideario socialista. *¿Ha sido un error suyo de interpretación histórica seguir ese camino?* No; ha sido sencillamente un acierto formidable de táctica y de visión política. Cuanto es hoy la Unión General de Trabajadores de España, nacional e internacionalmente, y es mucho, lo debe en primer término al sentido creador que han sabido captar sus componentes de la esencia doctrinal que el ideal socialista atesora.

Mírese la Historia de España; arránquense de sus páginas lo que la democracia y la libertad tienen en sentido verdadero de expresión y de realidad y se verá cuán grande es la labor realizada políticamente por la Unión General de Trabajadores para dar sentido de ciudadanía a la clase trabajadora española.

Esa clase trabajadora española, que por su educación política, por su austeridad en el

desempeño de su función, por su capacidad organizadora ha servido también de ejemplo para que otras clases sociales siguieran el ritmo progresivo de nuestra organización señalándonos como guías en muchas manifestaciones colectivas de la vida española. Recordar ahora —presentando el argumento como punto fundamental para apartar a los trabajadores de los partidos políticos obreros— lo sucedido hace cinco años con la experiencia de Gobierno republicano-burgués, es sencillamente querer obligarnos a llevar la polémica periodística a un terreno que por nuestra parte no acudiremos jamás. No porque carezcamos de razones para defender nuestra tesis, sino porque ahora no puede haber otro problema en la prensa, en la tribuna y en la organización más que aquel que se graba con estas palabras: GANAR LA GUERRA. *Ganar la guerra ahora y después ya razonaremos.*

Hoy los Sindicatos tienen el deber de disciplinar a sus afiliados para que sean útiles a la causa colectiva interviniendo y controlando todo cuanto con el trabajo se relaciona. Ayudando al Poder público a convertir en realidades las apetencias de mejoramiento social que el pueblo siente, pero dejando al Gobierno como expresión de la voluntad colectiva del pueblo español para que éste organice la economía, la industria, el comercio, la cultura, la vida entera de España, como mejor convenga a la salud de la República y a las conveniencias que de la guerra se derivan. Nadie está autorizado a sentir celos de la gestión gubernamental. En el Gobierno están representados desde los hombres que creen en Dios, como un leni-

tivo para su alma atormentada, hasta los que representan a la C. N. T. Mientras formen parte del Gobierno todas estas fuerzas dispares en ideología, es porque dignamente estiman que pueden estar dirigiendo la política de España. Los Sindicatos están obligados a cumplir las disposiciones que el Gobierno señala y a colaborar con los ministros para estructurar más rápidamente en la retaguardia las industrias de guerra; a intervenir activamente en toda función de trabajo, pero no olvidando nunca que los partidos políticos obreros fueron, lo son actualmente y lo serán mañana, por fortuna, los guías espirituales del proletariado.

Un hombre sin ideas no es útil a la sociedad. Recordemos a estos extremos unos pasquines que hemos visto colocados en las calles de Barcelona en los que se llamaba la atención de las Juventudes catalanas para que se incorporasen a las ideas libertarias y formasen falanges de hombres educados en el ideal anarquista.

Con el mismo derecho que otros compañeros creen asegurar el porvenir de España llamando a las juventudes para que ingresen en las filas de sus organizaciones libertarias, así nosotros reclamamos nuestro derecho innegable a vivir en íntima colaboración con los camaradas de la C. N. T. para todo cuanto signifique vida de trabajo, control de la producción, forma de trabajar con las mejores garantías para el obrero, pero reclamamos también nuestro derecho a poder conversar en voz alta con otros partidos políticos obreros y a tratar con ellos la forma de orientar y encauzar el porvenir político de nuestra España y de nuestra República.

PRISAS PERJUDICIALES

No le negamos a nadie —fíjese bien, a nadie— su derecho innegable a defender en toda tribuna los principios ideales que informan su vida de militante activo en una organización obrera o en cualquier partido político.

Ahora bien, lo que ya no nos parece tan acertado en ESTOS MOMENTOS es el afán de algunos camaradas que se esfuerzan en pretender señalar hoy cuáles han de ser mañana las directrices de la política española en orden a nuestra revolución triunfante. Consideramos una equivocación sencillamente lamentable el que hoy se pretenda obligar a las fuerzas que luchan unidas contra el fascismo a discutir lo que debe de ser en el futuro la vida social de España.

Ahora hay un objetivo concreto cual es el

de ganar la guerra, y ganarla de forma que no sean posible jamás subversiones de la envergadura como la que estamos sufriendo los españoles. Esto no quiere decir que las organizaciones sindicales que practicamos la lucha de clases abandonemos toda estructuración de la vida futura. Lo que quieren decir las palabras anteriormente transcritas es que cogiendo diariamente los materiales que la propia realidad nos ofrece, vayamos trabajando de forma tal que los que están separados ideológicamente de nosotros no puedan ver en nuestra conducta un motivo de temor ni de recelo, porque entonces —repetimos— las consecuencias serían fatales para la propia guerra que todos tratamos de ganar y ganaremos.

DEPURACION CUIDADOSA

Queremos señalar desde las páginas de nuestro BOLETÍN la realidad de un hecho que puede ser altamente perjudicial para los intereses de la República y de la revolución.

Nos referimos concretamente a la táctica subrepticia de elementos ajenos a la organización en los años en que ser asociado significaba perjuicios y peligros personales y que hoy, ganosos de borrar en apariencia las cobardías de su pasado, pretenden introducirse en las organizaciones sindicales y políticas para realizar desde ellas una política demagógica que, si bien ilusiona de momento a camaradas sin conciencia clara de su función social, puede ser mañana un peligro insuperable contra las propias ambiciones de los trabajadores.

Uno de los defectos más graves de que podíamos acusar a la República del 14 de Abril fué el de haber creído en la bondad de las gentes que se llamaron asimismo republicanas al día siguiente de haber triunfado el nuevo régimen y el haberles concedido un puesto en las filas de sus partidos y algunas veces cargos representativos dentro del propio régimen.

La consecuencia de ese error fué una desviación de la República por derroteros contrarios al sentir popular, que culminaron en esa gesta gloriosa de octubre de 1934.

Hoy se pretende repetir la suerte.

Individuos que han vivido eternamente a espaldas de la organización obrera, separados de todo partido político que significase en su esencia doctrinal un mínimo de libertad y de justicia para los ciudadanos españoles, tratan de presentarse ahora como redentores del proletariado, reclamando para sí mismo la supremacía en la dirección de la cosa pública.

Conocemos casos concretos que claman justicia ejemplar contra sus autores.

No queremos señalar concretamente a

ningún partido político ni organización obrera determinada. Lo que sí decimos es a todos nuestros afines que si no se establece un cuidado —exagerado, si se quiere— en la admisión de nuevos elementos, correremos el peligro de caer en los mismos vicios —pero con peores resultados— en que se vieron hundidos algunos partidos republicanos.

La consigna del momento debe ser menos afán por aumentar los efectivos numéricos y más cuidado en seleccionar la calidad y la nobleza de los nuevos adheridos a nuestros cuadros sindicales o políticos.

La obra revolucionaria que España está realizando con dolor no superado por ningún país del mundo no puede exponerse al fracaso por debilidades de algún partido u organización obrera al admitir en su seno a elementos que por su mentalidad, por su educación, por algo superior a su propia voluntad, fueron y seguirán siendo siempre enemigos del pueblo y de sus libertades.

Nuestros Sindicatos deben cuidar escrupulosamente este problema que representa la admisión de nuevos socios.

Habrá, no lo dudamos, compañeros muy útiles que pueden ser aprovechados en una función determinada. Pero hay otros, desgraciadamente, que van a la organización a intentar resolver su problema. El suyo solo. La organización ni les importa ni les interesa.

El deber de nuestros Sindicatos es vigilar muy de cerca las actividades de los nuevos adheridos. Probar su lealtad a la organización y cuidando muy mucho que no tengan cargos de representación en los Comités de Control y en las Directivas de los Sindicatos aquellos elementos que no pertenecieran a la organización antes del 16 de febrero de 1936.

Por ese camino puede iniciarse la depuración.

Salvar la 'ra 'bahvaine 'raséntra'nos 'resuros an'insincos la
nuestros museos y catedrales, y salvar a la vez a los
hombres que son un exponente de nuestra civilización,
no ha sido obra de un partido determinado.

Al celo y a la cultura de todos los servidores de la
República se debe esta magnífica expresión de nuestra
superioridad espiritual sobre nuestros enemigos.

PARECERES

Nacionalización de la industria

Nuestros Sindicatos están recibiendo constantemente sugerencias de otras organizaciones obreras para que procedan de acuerdo con los elementos que nos requieren a «socializar» la industria, las tierras, las fábricas y los talleres.

El ideal de «socializar» los útiles de trabajo, así sencillamente expuesto, halaga momentáneamente los oídos de muchos hombres que esperan encontrar en la «socialización» del pequeño taller o de la fábrica la compensación que merecen por sus largos esfuerzos de trabajo y de fatiga. Precisamente para que no se malgasten inútilmente el caudal de ilusiones y de esfuerzos que muchos obreros entregan en aras de la «socialización» de un pequeño taller o de una fábrica determinada, queremos tratar en estas líneas del problema para fijar nuestro pensamiento que sigue constantemente el ritmo de nuestra guerra y la situación internacional de España.

Al producirse la subversión militar, en todas las aldeas, en todos los pueblos y en todas las capitales de España surgió un deseo muy justificado de acabar con el poderío económico de la clase capitalista incautándose los obreros de talleres, comercios y tierras.

Pasados los primeros días de la incautación, y ya en poder de la organización obrera los instrumentos de trabajo, hubiera sido muy útil que los Sindicatos se hubieran dirigido a sus Federaciones nacionales de industria y a la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, preguntándoles qué criterio les merecía el hecho consumado que la incautación representaba y qué orientaciones podían darse para el porvenir, a fin de cimentar sólidamente las incautaciones que se habían efectuado. No se hizo así, y solamente cuando la Ejecutiva de la Unión General se desplazó a Valencia, empezó a conocer por sus visitas a las ciudades leales el alcance que tenían las incautaciones efectuadas de comercios, fábricas y tierras. Se han efectuado incautaciones a las cuales ha dado vida magnífica y esplendorosa la capacidad creadora de los obreros dirigentes. Pero se han efectuado otras incautaciones que no han servido para otra cosa más sino

para salvar de la quiebra al patrono que la dirigía. Hoy hace falta solucionar ese grave problema. A nuestro juicio deben ser los ministros de Comercio e Industria —no dudosos para nadie en sus afanes reformadores— quienes presenten al Gobierno legal de la República proyectos de ley que sirvan para orientar la economía y poder señalar el camino que han de seguir las incautaciones efectuadas. La organización obrera ha de estudiar también estos problemas. La Unión General ya los ha estudiado, y como se ha dicho públicamente por nuestro camarada vicesecretario, somos decididos partidarios de llegar a nacionalizar las industrias de guerra. ¿Cuáles industrias son éstas? Pues son las siderurgia, metalurgia, textil, químicos, alimentación y minas. También estimamos que el Gobierno debe nacionalizar el transporte y la banca. El Gobierno es, a nuestro juicio, quien tiene en sus manos los elementos de juicio necesarios para conocer la verdadera situación de la economía española y la capacidad creadora de los talleres y de las fábricas y es quien debe, por tanto, señalar a las industrias nacionalizadas la producción que éstas deben realizar para ajustar su ritmo de producción a las necesidades indispensables de la guerra. El Gobierno es quien vive internacionalmente la situación de nuestro comercio y debe ser también quien tenga en sus manos todos los resortes de la producción para llevar ésta a los mercados donde adquiera una cotización excelente que permita satisfacer las necesidades del que produce y ponga a su vez en manos del Gobierno las divisas necesarias para la compra de las primeras materias de las cuales carecemos. Se debe llegar urgentemente a nacionalizar las industrias de guerra. ¿Qué papel van a desempeñar los Sindicatos si esa nacionalización se efectúa? La Unión General considera que el Gobierno, al nacionalizar una factoría determinada, textil, siderurgia, la que fuere, debe nombrar inmediatamente un elemento técnico de su confianza para que la dirija y un hombre que económicamente la oriente. Es decir, dejarnos en manos del Gobierno la dirección técnica y administrativa de las industrias nacionalizadas.

Ahora bien; los Sindicatos formarán dentro de cada fábrica su Comité de control, *que estará integrado por camaradas pertenecientes a la organización obrera desde antes del 18 de julio de 1936*. Comités de control que estarán en todo momento sujetos a las disposiciones que señale su Sindicato de industria para que los Comités de control sean en la factoría no portavoz de la voluntad del grupo de trabajadores que representan, sino defensores de aquellas orientaciones que la organización dé en beneficio de la propia colectividad. El Comité de control formará conjuntamente con los directores administrativos y técnicos del Gobierno los elementos dirigentes de la factoría, siendo función del Comité de control el estímulo para la producción constante de los trabajadores hasta convencerles de que antes al trabajar en beneficio de un amo estaba permitido —y hasta cierto punto justificado— la forma en que se trabajaba; pero ahora, al producir para la colectividad, al trabajar para la guerra, están obligados a rendir cuanto personalmente puedan, ya que el producto del trabajo realizado no ha de servir para enriquecer a nadie y sí a la causa colectiva de todos los trabajadores. Los Comités de control señalarán aquellas modificaciones que deban introducirse en la factoría para obtener un mayor rendimiento con un menor esfuerzo, garantizará a cada hombre sus medios materiales de vida para que encuentre satisfacción plena al trabajar y al producir. En una palabra, irá adentrando al hombre de taller en la función que realiza para que mañana que se termine la guerra tengamos en cada fábrica hombres completamente capacitados y magníficamente disciplinados para dirigir colectivamente la explotación de los talleres.

Ahora el Gobierno de la República está entregando al Comité más o menos responsable de su gestión, primeras materias para que produzcan determinados trabajos y está también obligado el Gobierno a entregar cantidades a cuenta de la producción que se piense realizar. Y se ha dado el triste caso de que el Gobierno, después de hacer entrega de las primeras materias y dinero, no ha recibido la producción que se ha ejecutado porque han estimado los Comités que deberían guardarlas para la defensa de su aldea, de su pueblo, de su ciudad y a veces de su propia organización. Esto no puede continuar. La fábrica nacionalizada adquirirá inmediatamente un ritmo totalmente distinto al que actualmente tiene. El Gobierno conocerá de cerca las necesidades de cada taller, buscará mercado para los productos, y los obre-

ros, al controlar por sí mismos la producción que se realiza, estarán en condiciones —repetimos— de poder realizar mañana una obra más positiva en beneficio de su propia clase. Conocemos casos en los cuales los compañeros, dando a las palabras una interpretación convencional, han manifestado sus deseos y los han realizado de «socializar» una fábrica determinada. Efectuada esta «socialización» han nombrado su Comité de fábrica que ha dejado desde el primer momento de ser elegido de trabajar como tales obreros. El producto realizado ha encarecido en un tanto por ciento y los beneficios de la industria que el mercado de guerra ha favorecido no han sido para la organización ni para las necesidades de guerra: los beneficios han intentado repartírselos entre sí los propios obreros creando un nuevo sistema de burguesía que puede ser mañana mucho más perjudicial para los trabajadores que la que en estos momentos queremos destruir y destrozarse.

La industria en España, por una consecuencia fatal de la incapacidad capitalista, carece de todo sentido científico que le permita ser aplicada en un todo orgánico a una función provechosa para la colectividad. La industria en nuestro país ha de ser reformada desde su raíz más profunda. Ni el emplazamiento de la factoría —a veces contrario a todo sentido de la economía— ni el utillaje pueden ser utilizados. Hay que transformarles adaptándolos a las posibilidades creadoras de nuestra España.

Esta obra es de una mayor envergadura que la supuesta por espíritus simplistas y gentes recién incorporadas a la organización, cuyo exceso de celo nos tiene extraordinariamente preocupados.

Nuestras organizaciones deben perfilar su actuación en el sentido que expresan estas palabras nuestras haciendo llegar al Poder público su deseo de que sean nacionalizadas las industrias de guerra y todas aquellas que viven sujetas al ritmo de la misma.

Nacionalizadas las industrias y establecidos los Comités de control con funciones claramente definidas por la propia ley que el Gobierno dicte, la economía de España entrará por un camino de articulación y de provecho que facilitará el avance de nuestra revolución.

Avance que obtendrá mayores resonancias en el sentido de responsabilidad que despertará en cada hombre al unir su porvenir al esfuerzo de comprensión y de sacrificio que hoy realice en beneficio de los ideales que le dan vida.

Extracto de los acuerdos adoptados por la Comisión Ejecutiva en las reuniones ordinarias y extraordinarias celebradas durante el mes de enero

HAN INGRESADO 206 SINDICATOS CON 23.756 AFILIADOS

La Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores ha celebrado durante el mes de enero las reuniones reglamentarias que señalan los Estatutos y dos extraordinarias, adoptando los siguientes acuerdos:

Han solicitado ingreso, y se les ha concedido, 206 Sindicatos, representando un total de 23.756 afiliados.

En la reunión celebrada con los compañeros de la C. N. T., para tratar de los problemas de incautaciones, control, etc., la Ejecutiva defendió el criterio de que debe llegarse por parte del Gobierno a nacionalizar las industrias de guerra con intervención directa de las organizaciones obreras representadas en los talleres y en las fábricas a través de los Comités de Control, cuyas atribuciones serían previamente señaladas a virtud de una ley que el Gobierno habrá de publicar. Como los compañeros de la C. N. T. defienden criterio opuesto, o sea, el que se centralice la industria, siendo dirigida ésta por representantes de la C. N. T. y U. G. T., continúan las conversaciones en orden a este problema, por ser criterio de la Ejecutiva el de caminar perfectamente de acuerdo con el *actual Gobierno de la República*.

Se designó a los camaradas José Díaz Alor y Pascual Tomás para representar a la Ejecutiva en un Comité integrado por representaciones de los Partidos Socialista y Comunista de España.

Enviar una circular a todas las secciones dándoles instrucciones en orden a la constitución de los Ayuntamientos.

Designar al camarada Antonio Génova para representar a la Ejecutiva en el Comité Nacional Resinero.

Nombrar a Ricardo Zabalza, Carlos Hernández y Pascual Tomás para tomar parte, en representación de la Ejecutiva, en los actos públicos que habían de celebrarse en Vinaroz, Alicante y Barcelona, respectivamente.

Solicitar de la F. S. I. una reunión extraordinaria de todas las internacionales antifascistas del mundo para tratar de los problemas que la guerra ha planteado a la clase trabajadora española.

Citar al Comité de la Federación de Artes Blancas Alimenticias, que reside en Madrid,

para que acudan a una reunión con la Comisión Ejecutiva de la Unión General, para resolver un problema muy interesante que está pendiente de solución.

Realizar gestiones cerca del ministro de Comunicaciones para resolver los diversos pleitos pendientes de solución entre el personal de Telégrafos y Teléfonos y el citado ministro.

Nombrar a Julio Riesgo para que represente a la Ejecutiva en el Comité Nacional de Refugiados.

Atendiendo a las indicaciones hechas por la Federación Nacional del Transporte y por la Federación de Productos Químicos, se designa a Pascual Tomás para que acuda a los Congresos restringidos que han celebrado dichas organizaciones.

Nombrar a José Díaz Alor para que se desplace a Barcelona, en unión de representantes de las Federaciones de Viajantes y Comisionistas, Empleados de Oficinas y Dependencia Mercantil, para resolver ciertas cuestiones que habían planteado los trabajadores de dicha industria en Cataluña.

En Secretaría se ha recibido la visita de una numerosa representación de delegados de Sindicatos ingleses y de representantes belgas que han llegado a España para conocer personalmente la situación que la guerra ha provocado a la clase trabajadora española.

Nombrar a Ricardo Zabalza, Felipe Pretel y Mariano Muñoz para que hablen en representación de la Ejecutiva en Villarrobledo, Valencia y Puerto de Sagunto.

Designar a los compañeros José Díaz Alor, Amaro del Rosal y Pascual Tomás, para que celebren en Barcelona una reunión conjunta con el Secretariado de la Unión General de Cataluña y los compañeros que en representación de la Unión General ostenten los cargos de Consejeros en la Generalidad.

Sacrificios personales y colectivos, los que hagan falta. Sin vacilación alguna aceptamos y obedecemos lo que se nos ordene.

Ahora bien. El esfuerzo abnegado de los españoles para afianzar la victoria no puede ni debe controlarlo nadie que no sea el Gobierno legal de la República.

— LAS ARMAS AL FRENTE —

Sabemos de algunos elementos que, a pretexto de lo que pueda suceder en España al terminarse la guerra, están consagrando en la retaguardia una parte de sus actividades a la construcción de elementos de lucha con un sello especial de la propia organización que lo encarga para defender —según afirman— la vida de sus militantes, a los cuales considera —moral y materialmente— amenazados por otros sectores políticos.

La Unión General de Trabajadores tiene ahora como siempre un alto concepto de su deber. Por tener una ejecutoria de lealtad por nadie superada, dice a gritos a todos los partidos políticos y a todas las organizaciones obreras que *no se puede ni se debe construir una sola pistola ni cargar un solo cartucho que no se entregue inmediatamente al Gobierno de la República para que los milicianos tengan los medios materiales para poder vencer y triunfar.*

La vida futura de España no la van a di-

rigir aquellos que hoy tratan de procurarse más medios materiales para sojuzgar por la violencia al resto de los españoles. España, y con España principalmente su clase trabajadora, han demostrado en esta gesta contra los fascistas, que no admiten tiranías de nadie y que *solamente aceptan como rectores de la política española a los hombres que tengan un contenido doctrinal y una capacidad creadora que satisfaga plenamente los deseos del proletariado español.*

Quede ya grabada nuestra llamada. La Unión General ha prestado dignamente la colaboración y el esfuerzo que de la misma demandaban la República y la guerra. La Unión General tiene derecho —y por tenerle hace uso del mismo— a decir a todos los partidos políticos y a todas las organizaciones hermanas, que *las armas deben estar en el frente, porque en el frente es donde ganaremos la guerra y donde podremos ganar nuestra revolución.*

¡ESTO ES EL FASCISMO!



Guadalajara. Niños y mujeres asesinados por la aviación fascista.